**APFELSTRUDEL Y CAFÉ**

BERTA MIRÓ PELLICER

1 BATX – ST. JORDI 2017

9 noviembre del 1989, Berlín (Alemania)

Veo que la oscuridad se enamora del día. Los pájaros se esconden y el alboroto de la ciudad continúa siendo intenso. La frialdad sigue dominando mi rostro. Los copos de nieve caen como los ojos cuando se acerca la noche. Los callejones que puedo ver van con pijama. Dormidos y blancos. La luz tenue de las farolas ilumina una cafetería donde los abuelos hacen las últimas partidas del día. Es un sitio solitario, silencioso, taciturno… No obstante, en este atardecer hay mucha gente… no es normal… me extraña… En el ambiente se respira un aroma de incertidumbre… no sé… es una noche tan dormida… tan fría… ¿por qué se ha aglomerado esta multitud? Al lado de la Puerta de Brandemburgo, con una rutina calculada, siguen los militares quietos como estatuas, disimulando su cansancio.

Unos chillidos ensordecedores llenan la ciudad. Un grupo de personas anónimas se acercan a mi… corriendo… sus intenciones asaltan mi consciencia… me odian… lo sé… Sólo tengo veintiocho años… recibo golpes duros, llenos de rabia y traición… no me puedo defender… estoy plantado como uno de esos tímidos soldados… mi inesperado final acaba de empezar… pequeños fragmentos de cimiento se mezclan con grandes bloques de piedra… martillos y barras de hierro repican contra mi cuerpo… el hormigón se rasga por momentos… me estoy muriendo poco a poco…

A la luz de la luna, familias enteras invaden mi espacio y me atraviesan ávidamente… con ganas… Veo lágrimas caer de ojos inocentes… abrazos y besos de nostalgia y complicidad… voces que chillan esperanzadoras para obtener respuesta del otro lado… una pareja de hermanos abrazan a su padre después de mucho tiempo… los guardias siguen exhaustos, incrédulos, no saben nada de lo que me está pasando. Sus perros mueven la cola con inquietud mientras ladran nerviosos por el desenfreno del momento. De repente, desatiendo los gritos y, de fondo, escucho un violoncelo… la suite número 2 de Bach… olvido el dolor y me dejo llevar por los recuerdos…

\*\*\*\*\*\*\*\*\*

12 de agosto del 1961. Calle de Unter den Linden.

Los bloques de piedra se amontonan en el medio de la acera. Inician mi construcción. No soy consciente de la misión que me tienen reservada. Un abuelo mira desconfiado el portear de los militares antes de entrar en la cafetería Heile Welt con su nieto. Estoy aburrido y dejo el oído puesto. Reconozco que soy muy cotilla. El anciano pide un café bañado con anís. El calor del vaso mitiga la frialdad de las manos del niño de diez años que lo acompaña. El pequeño, con cara de travieso, pide sus postres favoritos: Apfelstrudel, el típico pastel de manzana alemán. El anciano sostiene una partitura de violoncelo en su falda y, en un momento dado, se dirige a Georg Köhler, el camarero de Heile Welt.

* Buenas noches, Georg…
* Buenas noches Karl… No sé que sucede hoy… se escucha mucho ruido… los militares están muy activos y los guardias tiene las armas en la mano…

Karl Schoenherr es uno de los violoncelistas más reconocidos de Alemania. Unos chillidos estridentes de la Volkspolizei, la Policía Popular de Berlín Oriental, resuenan del exterior. Todo está a punto para mi inminente construcción. Así lo ha decidido el Partido Socialista de la RDA.

* Ya no sé que pensar… el ambiente es tan raro… ¡Ah! Hoy es mi sesenta aniversario… como pasa el tiempo… es el segundo que no celebro con mi mujer… suerte de Heiner, mi pequeño príncipe que me hace sentir el abuelo más querido del planeta… Mira, me acaba de regalar este libro…

Georg Köhler coge el poemario. Gleisdreieck, del famoso escritor Günter Grass. En el fondo del bar, las chispas de la chimenea parecen luchar haciendo parpadeos contra la mesa de madera donde dos enamorados se acercan, se besan y se cuentan confidencias a la oreja. Al otro rincón, una pareja de edad avanzada descansa en el sofá rojo de terciopelo de la cafetería mientras saborean un chocolate caliente. La mujer, con unos pelos rizados blancos y cortos se entretiene haciendo ganchete y su marido, con unas gafas circulares de color plata, lee detenidamente el periódico del día.

* Es mi autor favorito… Como me conoces, ¿eh rey? - agradece Karl mientras hace bailar con ritmo melodioso una boina azul entre sus dedos de orfebre.
* Ya es hora de que le enseñes… con diez años Heiner podría hacer milagros teniendo al lado un violoncelista como tú… - pronuncia Georg con una mirada cómplice.
* Abuelo déjamelo tocar… Enséñame… Quiero ser un violoncelista famoso… - suplica Heiner mientras devora el Apfelstrudel.

Karl le pasa la mano por la cara y le hace cerrar los ojos. El pequeño despliega los brazos y abre las manos… el abuelo le pone unos papeles… su nieto esboza una sonrisa porque sabe que es la partitura de la suite 2 de Bach… su favorita… de sus ojos cristalinos resbala una dulce lágrima de amor… se acerca el papel al pecho y abraza a su abuelo con toda la fuerza del mundo.

* Heiner, date prisa y acábate el postre que tienes que volver a casa con tus padres… es un placer hablar contigo Georg, hasta pronto y gracias por todo.

Se ponen las chaquetas y se abrigan con las bufandas. Karl guarda la partitura en su maleta para que no se dañe. Georg no les cobra como detalle por el aniversario de su cliente. En el exterior, sigo creciendo apresuradamente. La grisura de los bloques de piedra acentúa mi silencio inquietante. Se acerca la noche cerrada y Karl tiene que llevar a Heiner a su casa. Caminan por unos callejones estrechos hasta llegar a la Puerta de Brandemburgo. Aguantan el frío y siguen cogidos de la mano. El trayecto dura media hora hasta ver la casa de Heiner, en la parte oriental de la ciudad. Pican al timbre y se abre la puerta. Se dan un abrazo y dos besos. Ignoran que es una despedida definitiva.

El anciano se equivoca y coge un camino de vuelta erróneo… ve que la calle no tiene salida y decide volver atrás y se desvía por otro callejón… el crudo invierno se nota en sus manos congeladas y el aire hace que le lloren los ojos. Se me acerca… me mira sorprendido porque no porque no entiende nada… uno de los guardias que vigila la frontera le chilla al oído… hay mucho alboroto… la gente corre… mi presencia provoca pánico… Karl recibe un empujón, cae al suelo y se da un golpe en la cabeza. No tiene fuerzas para levantarse… Se queda tumbado… desorientado… y pierde la consciencia… una mano amiga le ayuda a levantarse y lo lleva hacia la parte occidental… el anciano violoncelista cree adivinar la cara de Georg Köhler, su amigo camarero, en medio de las ordenes de la Volkspolizei.

\*\*\*\*\*\*

La noche ha sido larga. El día aclarece ilusamente, me satisface el hecho de morir. Muchas familias, después de tantos años, se reconciliaran. Lágrimas y abrazos amistosos, no hay manera más bonita de irme de este mundo. Echaré de menos a los ancianos, en la barra de la cafetería, comentando las jugadas de cartas.

Unos ojos lapislázuli me llaman la atención… Los reconozco… Es Heiner… Corre hasta atravesarme… Esta ansioso, confuso… Alarga la vista intentando encontrar una cara cómplice… Decide caminar hacia la cafetería Heile Welt. Cuando abre la puerta repica una campanita advirtiendo que ha entrado alguien… es un toque desconocido e innovador. Pide un café y el Apfelstrudel. Por supuesto no se olvidaría de sus postres. Georg Köhler lo reconoce pero, en un primer momento, evita mantener una conversación. Heiner espera encontrarse su abuelo sentado en el viejo sofá del local donde cada día iban; sin embargo, no tiene ninguna respuesta. El camarero, con prisa y las manos ocupadas, se dirige hacia la cocina a dejar la bandeja y, seguidamente, se esconde en un rincón disimulado y coge un gran paquete envuelto con una funda negra. Se acerca a Heiner y se lo da. Hace tiempo que lo está esperando…

Mi destrucción entierra el pasado y resucita el futuro. Devengo historia. Ya era hora. Heiner abre la funda y saca el violoncelo. Medio escondida, adherida a la parte posterior del instrumento, descansa con serenidad una partitura amarillenta por el paso del tiempo. La suite numero 2 de Bach.